BOCETOS

DE

CUADROS DE COSTUMBRES.

(1840 Á 1860.)

EL GABAN.

«El traje es el sobrescrito del alma y el fiador de la persona»—decia un sastre extranjero por encabezamiento de sus minutas de forros y entretelas; y esta expresion, que no pasa de ser una necedad en la boca ó en la pluma de un sastre, llegaria á ser sentencia y apotegma en la de un filósofo griego ó en la de un orador parlamentario.

En efecto, y por poco que se reflexione, no podrá negarse la influencia del hábito en la exterioridad de la persona, que es la primera parte de aquella máxima. Llenas están las leyendas de estas relaciones vesti-fisiológicas;—desde Diógenes, que se vestia con una tinaja, hasta Mad. Sand, que gasta levita y espuelas;—desde la acerada cota de Pelayo hasta el fino paño de Sedan de nuestros héroes modernos.

La segunda calificacion hecha del traje, esto es, la de «fiador de la persona», es todavía más fácil de probar; y si no, hagan ustedes una prueba, señores lectores: abandonen por unos dias guantes y levitas; vistan chaquetas y zaragüelles, calcen abarcas y sandalias, y échense luégo de este modo á visitar damas y magnates, espectáculos y paseos; verán entónces claramente lo que valen por sí solos, sin el sobrescrito del traje.

Pero, en fin, resumiendo en una ambas calificaciones,

no podrá negarse que el adorno de la persona, cuando no otra cosa, puede tomarse generalmente como la expresion de la sociedad, y que bajo este aspecto el estudio de los figurines de modas es uno de los más profundos á que puede entregarse el hombre meditador.

Prescindiendo por ahora de la simple, airosa y artística camiseta griega, de la noble y grandiosa toga romana, de las severas armaduras godas, de los vistosos yelmos y capacetes de la Media Edad; dejando á un lado los monótonos colorines chinos, los pintorescos ropajes musulmanes, la primorosa simplicidad india ó la ostentosa variedad pérsica, plantémonos de un salto en medio de nuestra sociedad española de los siglos XVI al XVII, cuando, terminadas ya las guerras interiores, y depuestos por la generalidad de los habitantes el escudo y arnes, formaron por primera vez una masa comun, una misma familia, regida por una misma mano y gobernada por la propia religion y leyes.

Prescindiendo de los matices locales, propios de las diversas provincias y reinos recien incorporados, ¿qué hallamos en los trajes de aquella sociedad, que no nos revele su índole, carácter y pretensiones? ¿No advertirémos en sus variados córtes y coloridos, sus plumajes y cimeras, el reflejo áun reciente de la ostentacion oriental?—El capotillo en los hombres, ¿no era una consecuencia del albornoz árabe?—La mantilla de las mujeres, ¿no venía directamente del velo musulman?—Emblemas ambos de amor misterioso, de cortés galantería, ¿quién no reconoce en ellos aquella sociedad arrogante y amiga de aventuras? ¿quién no ve en el primor de las plumas y bordados la altivez y encumbradas pretensiones de los dominadores de Europa, de los descubridores del Nuevo-Mundo?

El íntimo contacto con los demas pueblos prestó por entónces al traje español una extremada variedad y riqueza, tomando de todos ellos aquella presea que más halagaba al entónces justo orgullo nacional.—El sombrerillo de terciopelo aleman, el gregüesco cortado á la veneciana, el justillo florentino, la levitilla francesa, la gorguera flamenca, campeaban en vistosa mezcla con la capita corta, la larga tizona toledana y el oro, plumas y pedrerías de Méjico y el Perú.

Insensiblemente, y al paso que nuestra influencia y originalidad, fuimos perdiendo tambien nuestro traje y cambiándolo por la casaca francesa y los enormes peluconés de la córte de Versálles.—No parece sino que á la zaga de Felipe V vino una legion de sastres encargados de borrar en las personas de los españoles el reflejo de su nacionalidad y calzarles la librea parisiense.

Por desgracia, hallaron una sociedad dispuesta á vestirla.—Los elegantes de entónces, que ya no recordaban la arrogancia de sus abuelos, admiraron y recibieron con entusiasmo las rizadas cabelleras postizas, los enormes casacones bordados, las pomposas botas y guantes, los galonados sombreros de la comitiva de Felipe de Borbon; y luégo de concluida la guerra de Sucesion, trocaron tizonas por espadines, petos por chupas de seda, barbas por bucles artificiales, brazaletes por encajes, y espuelas por hebillas.—Las damas, por su parte, siguieron el movimiento, y olvidaron sus sayas, mantos y dengues, por los tontillos, arracadas y empolvados artificios del cabello á la Montespan ó á la Pompadour.

Este reflejo de la córte de Luis XIV fué desapareciendo igualmente con su memoria, y ya en el reinado del segundo hijo de Felipe, el gran Cárlos III, quiso de nuevo la sociedad española reflejarse en el traje, y surgió de improviso la capa andaluza ó árabe, aunque ya con un carácter ménos risueño, sin tanto adorno ni colorin, pero manejada siempre con igual desembarazo y gentileza;

acompañábala entónces el sombrero chambergo, que recordaba las antiguas glorias españolas; y en las damas la basquiña y mantilla elegante, airosa, y peculiar emblema de nuestro suelo, se elevaron por entónces al más alto punto de esplendor.

Todavía, es verdad, andaba alternado todo esto con resabios de la moda extranjera; todavía se dejaba ver aquella indecision propia de sociedades á medio traducir; y al paso que los *currutacos* y la masa del pueblo vestian chupetin y redecilla, calzaban zapato y cubrian su cabeza con sombrerones, los *petimetres* y grandes señores guardaban todavía respeto hácia la casaca bordada de sederías, la honrada chupa y el clásico espadin.

Pero vino Napoleon (que era un buen sastre), y á toda Europa la uniformó.—Nuestros soldados perdieron coleta y botines, sombreros tricornios y arcabuces, y recibieron *dolmanes* y chaquetas francesas, *schakos* polacos y fusiles ingleses.—El paisano, siguiendo aquel movimiento de uniformidad militar, adoptó generalmente el pantalon y el *frack*, y la elegante dama ostentó sus atractivos á favor de los pliegues de la *dulleta* y el *citoyen*.

Los *petimetres* habian sustituido á los *currutacos;* los *elegantes* acabaron con los *petimetres*.

Desde entónces, y luégo que pasó la época marcial de Napoleon, se empezó á reflejar en el traje la incertidumbre de las ideas, la inconstancia del siglo nuevo, la ausencia de pensamiento dominante en las instituciones, en los libros, en la tijera.

Miéntras llegaba el caso de inventar algo de nuestra propia cosecha, continuamos recibiendo todos los correos la moda parisiense, envuelta con las leyes políticas, con los gustos literarios y con las aplicaciones científicas.—Pero esta obligacion envolvia una trasformacion tan continuada, que más pareciamos arlequines que gente formal;—por ejemplo, cuando los *lechuguinos* (que así nos llamamos los sucesores de los petimetres) nos hallábamos muy orondos con nuestros pantalones ajustados y botas *á la bombé*, con nuestros talles altos y peinados *à la girafa*, de pronto venía de París la órden de ensanchar las bragas y aplastar las botas, de bajar el talle ó arruinar el moño; —al siguiente dia nos intimaban los ingleses sus enormes batas con cartera, y al otro los poloneses sus elegantes levitines de cordonadura, sus pieles los rusos, y los italianos sus gros.—Y no habia más remedio que seguirlos á la carrera, porque ¡desgraciado el hombre ó la mujer (entónces no se decia la mujer, sino *la señora*) que al dia siguiente de promulgada la moda de los frakes *pistachos*, ó de los *spencers* junquillos, se dejaba ver en el Prado infringiendo la órden, que no necesitaba más para perder su reputacion, y ahogar, como ahora se dice, *su porvenir!*

De este modo, y como movidos al impulso de mágico talisman, vimos desaparecer en una sola tarde todas las altas peinetas de concha, todas las botas de campana, todas las levitas de cúbica, todas las basquiñas de alepin morado. Así como impusimos á nuestros caprichos los nombres de las cosas y de las personas de la época, diciendo *carrikes* á la Wellingthon, barbas á la Bergami, peinados á la Quiroga, gorros á la Navarino y levitas á la Montresor.

Esta época de la moda era, si se quiere, ridícula; pero en fin, era variada; carecia de idea, pero andaba á caza de todas; era traducida, pero de todas las lenguas, y no de una sola.

Al traves de todas estas circunstancias descubríase en los rigoristas un pensamiento, que revelaba tambien el de la sociedad; y este pensamiento, de acuerdo con el sentimiento natural, era el deseo de parecer mejor, de embellecer la persona con afeites y atavíos.—Fué, pues, ésta la épo-

ca del similor y del abalorio, así como la anterior lo habia sido de los diamantes y el oro macizo.

Hasta que vinieron los Hugolatras, y de una plumada suprimieron los peluqueros y rapistas, dejando crecer barbas y greñas á placer; por otro decreto anularon la camisa ó la eclipsaron con la corbata; hicieron inverosímil el chaleco; desdeñaron cadenas y oropeles, y sólo transigieron por la decencia con un modesto y abrochado levitin.—Ya desde entónces todo hombre tuvo á gala parecer de siniestra y fea catadura; y la palidez mortecina, los largos bucles y los anchos pliegues de las damas fueron sustituidos al ajustado corpiño andaluz, al rodete chinesco ó á la rosita simbólica de la sien.

Por último, de supresion en supresion, los hombres hemos ido suprimiendo hasta llegar al *gaban*, que no es más que un pretexto para ir en camisa; siendo de suponer que, siguiendo esta progresion, lleguemos muy pronto á los mandiles indianos ó á la hoja de parra de nuestro padre Adan, que es más fresco: únicamente conservamos seriamente los guantes amarillos, que es lo suficiente para lo que entre nosotros se llama *ir vestido.*—Las damas (ahora se dice *las mujeres*) han seguido un sistema contrario, y en lugar de suprimir, han ido adicionando á sus personas, en términos que, si ántes necesitaban seis varas de tela para su vestido, ahora gastan diez y ocho, y otras tantas de *crinolina* (léase *miriñaque*) para el armazon, con lo cual hay que andarlas adivinando como por entre tela de cedazo, y todas tienen el aire de campanas ambulantes ó de hormigas en dos piés.

Resumiendo.—Hemos visto á nuestro siglo de oro representado por las gallardas armaduras y los preciados jaeces, tomando éstos sus diversos matices de todos los pueblos en que España dominaba;—la bordada casaca y los empolvados bucles representaron despues fielmente á

un siglo de prestada bambolla, y de postizo y extranjero artificio;—la capa y la mantilla revelaron luégo la verdadera índole de la sociedad puramente española;—el frack uniforme despues, la influencia militar;—la variedad interminable de los trajes, la inconstancia posterior de las ideas;—por último, hemos llegado á una época en que no hay creencia en la moda, como no la hay en política, ni en literatura, ni en nada: reina en ella la anarquía, como en la sociedad; se afecta la grosería y el feo ideal, como en las acciones; se encubre la variedad á fuerza de tela, como la falta de razon á fuerza de palabras; por último, se ha destruido toda jerarquía, se han nivelado y confundido todas las clases, como en el mecanismo social.—La sociedad del dia está, pues, simbolizada en el *gaban.*

1840.